



	1. La niña y el árbol Artículo de opinión Características del artículo de opinión	Juan Villoro
5	2. Botero en los toros Ensayo Análisis argumentativo	Mario Vargas Llosa
10	3. Memorias del cabrito Smith* Narración Cuento corto (completo)	Camilo José Cela
15	4. Harina de almortas Artículo de opinión Sensaciones sensoriales	Almudena Grandes
20	5. El Quijote* Estudio multimedial	Miguel de Cervantes
25	6. El otoño del patriarca Narración Novela (fragmento de un capítulo)	Gabriel García Márquez
30	7. Corazonada* Narración Cuento breve (completo)	Mario Benedetti
35	8. Poema de los dones Análisis de texto lírico	Jorge Luis Borges
40	9. El tren Narración. Cuento breve (completo)	Santiago Dabove
45	10. Licantropía Narración. Cuento breve (completo)	Enrique Anderson Imbert



Nulla dies sine linea
Plinio el Viejo(23-79 d.C).

5

Ejercicios

1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.
- 10 2. Cada estudiante preparará el vocabulario de un texto:
- a. Elegir las palabras desconocidas e indicar:
- a 1. la etimología
- a 2. la acepción correspondiente al texto
- a 3. traducción alemana
- 15 a 4. citar la fuente lexical con precisión
- a 5. incluir referencias enciclopédicas (nombres, fechas, datos)
- a 6 el vocabulario debe entregarse la semana previa al estudio del texto para poderlo incluir en la página www del curso.

Preparar el protocolo de la clase ampliando el vocabulario lingüístico y literario.

20 (ver *Términos lingüísticos y literarios en esta página Web,*)

b.Complementar con información enciclopédica cuando el texto lo requiera.

3. **Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.**

25 La literatura secundaria: La omisión de la bibliografía o la copia sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo.
Se recomienda seguir : *Richtlinien zur Erstellung wissenschaftlicher Arbeiten. Romanisches Seminar der CAU.*

30

Entrega de las redacciones

Horacio aconsejaba en su *Epístola a los Pisones* « guardar nueve años los manuscritos antes de publicarlos ». Como las redacciones solicitadas en este curso, no se publicarán, es conveniente que se entreguen **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.

35 **Consultas:**

LDispert@romanistik.uni-kiel.de

40

Control de trabajos entregados y corregidos

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10



Nº 1 La niña y el árbol

Juan Villoro
Ciudad de México, 1956

5 **El drama de los chicos sin nombre, que migran, separados de sus padres, estalla en la sala de espera de un aeropuerto**

10 El pasado 31 de enero me encontraba en la sala de espera del aeropuerto de Oaxaca, a punto de tomar el vuelo a la ciudad de México cuando un llanto se apoderó del lugar. Varios turistas de mejillas encarnadas (no parecían haber recibido el sol sino una radiación nuclear) miraron con disgusto al sitio de donde salía el llanto. Una vez más su agencia de viajes no había podido impedir el contacto con los sonoros sinsabores de la infancia. La paradoja del turismo en masa es que arruina los lugares que visita pero considera que los responsables son los lugareños. Su lema podría ser la frase de Sartre:
15 "El infierno son los otros".

No reparé mayor cosa en el asunto hasta que el llanto cobró dimensiones de alarido. Una angustia inaudita se expresaba en los gritos interrumpidos por sollozos.

20 Me volví hacia la izquierda y vi a una niña de unos cuatro años. Tenía los puños cerrados y nos miraba como si supiera algo que los demás ignorábamos. Iba acompañada por otras dos niñas y un hombre con cinturón ranchero, barriga feliz y rostro bondadoso. Era fácil imaginarlo como un diligente pastor de cabras. Me acerqué a preguntar qué sucedía.

-Extraña a su mamá. -El hombre señaló a la niña. Barcelona : Seix Barral, 2006

Me contó que viajaban a Nueva York. La madre los alcanzaría en quince días.

El quejido de la niña adquirió entonces un inquietante ritmo de fuelle, como si tragara su propio aire.

25 Durante mi estancia en Oaxaca había oído historias de la mucha gente que tiene que irse a Estados Unidos. Casi la mitad de los oaxaqueños están en el extranjero: a California ya le dicen Oaxacalifornia. La ciudad había vuelto a una aparente normalidad después de las barricadas y los incendios, los cuatro meses de conflictos que en 2006 causaron veinte muertes, la renuncia del gobernador y la ocupación armada, pero los rezagos de siempre seguían ahí. En la sala de espera,
30 una niña nos miraba con el pasmo de quien deja de entender la realidad.

Recurrí a la superstición con que los adultos creemos compensar los sufrimientos infantiles. Le compré un chocolate y le dije algo que no me constaba en lo más mínimo: se encontraría pronto con su madre. El hombre comentó que había nevado en Nueva York el día anterior. No se me ocurrió otra cosa que hablar con la niña de muñecos de nieve. Los mejores tenían nariz de zanahoria.

35 ¿Podía haber algo más inútil que contar historias? Lo que dije hizo poco por la niña; en cambio, el hombre se sintió más relajado. Me explicó que eran parientes lejanos. No había podido librarse de llevar a las tres niñas. Le pregunté cómo se llamaba la que estaba llorando. Su respuesta llegó con un escalofrío:

40 -No sé. -Volvió a sonreír, esta vez con nerviosismo, y agregó: -Somos familia, pero lejanos. No vaya a creer que me la robé.

-Tiene los permisos de los padres, ¿no? -dije, en el tono iluso de quien se tranquiliza a sí mismo diciendo: "El gobierno se ocupará del asunto, ¿no?".

Me mostró unos documentos mientras cargaba a otra de las niñas.

-...Ésta es más tranquila -comentó.

45 En efecto, no lloraba a gritos, pero las lágrimas bajaron de sus ojos cuando su "pariente" dijo que era tranquila.



Los papeles del hombre estaban en regla y habían sido revisados por la aerolínea. El asunto era grave por normal. La separación forzada de una niña sin nombre era algo común, una cifra más en la estadística.

5 Una señora se acercó, quitándole el celofán a un chupetín, y una muchacha cargó a la niña. También ellos eran migrantes.

10 Recordé lo que Italo Calvino escribió sobre el Árbol del Tule después de su visita a Oaxaca. El viajero italiano había tratado de descifrar dos mil años de vida en esa intrincada corteza. No parecía describir una planta sino un país: "Es un monstruo que crece -se diría- sin plan alguno [?]. El tronco parece unificar en su perímetro una larga historia de incertidumbres, acoplamientos, desviaciones [?]. De los codos y las rodillas de ramas que sobrevivieron al derrumbe de épocas remotas, continúan separándose ramas secundarias anquilosadas en una incómoda gesticulación. Nudos y heridas han seguido dilatándose, proliferando unos en excrescencias y concreciones, protuberando los otros con sus bordes desgarrados, imponiendo su singularidad como el sol en torno al cual irradian las generaciones de células. Y sobre todo esto, espesada, encallecida, creciendo sobre sí misma, la

15 continuidad de la corteza que revela toda su fatiga de piel decrépita y al mismo tiempo la eternidad de aquello que ha alcanzado una condición tan poco viviente que ya no puede morir".

20 El Árbol del Tule tiene la edad de Cristo. Comenzaba a crecer cuando el hijo del carpintero pidió en el camino a Judea: "Dejen a los niños y no les impidan acercarse a mí" (Mateo 19:14). En este pasaje de la escritura, "niños" puede ser entendido como "discriminados". Testigo vegetal, el Árbol del Tule resume en su tronco lo que ha visto.

Nos avisaron que el avión podía ser embarcado. El momento de seguir nuestros destinos desiguales. El papel del chocolate seguía en mi mano, como un talismán inútil.

Caminamos rumbo a la pista, bajo un cielo de un azul purísimo. La niña iba delante de mí. ¿Es posible contar lo que no tiene nombre?

25 Pensé de nuevo en la visita de Calvino a Oaxaca: lo que no podemos decir nosotros lo dice un árbol.
La Nación, Adn, 14.02.2009



N° 2 Botero en los toros

Mario Vargas Llosa
Arequipa, Perú, 1936

5 El estreno de *Sangre y arena* con Tyrone Power y Rita Hayworth, en Cochabamba, Bolivia, a
mediado de los cuarenta, fue un hecho capital en mi vida. Vi la película siete veces, en los matinales
y matinés del cine Achá, y desde entonces, por muchos años, soñé con ser torero. La tentación había
asomado, en mis desvelos, desde que el abuelo me llevó a ver mi primera corrida, en el modesto
coso cochabambino; pero no fue la fiesta real, sino la pasada por Blasco Ibáñez y por Hollywood la
que transformó aquel devaneo en furiosa urgencia.

10 ¿Era aquella veleidad tauromáquica de mi niñez una epidemia generacional en América Latina?
Porque por esos mismos días en que yo toreaba triciclos bolivianos, a miles de kilómetros de allí, en
otra ciudad provinciana de los Andes, la verde y sinuosa Medellín, Fernando Botero se inscribía en
una academia taurina y, a lo largo de dos años, tomaba clases para matador. Le llevó allí su tío
Joaquín, un fanático de la fiesta, de la mano de quien fue muchas veces a ver lidiar toros y novillos
15 en la flamante plaza de la Macarena y en los pueblos de las serranía vecinas, cuando no soñaba
siquiera con ser algún día pintor. El lujo, la exaltación, el color, la indescriptible alianza de primitivo
salvajismo y refinada exquisitez de aquellos espectáculos no se borrarían nunca más de su memoria.
Por eso no tiene nada de sorprendente que los primeros dibujos que Botero garabateó, en el colegio
de los jesuitas de Medellín, fueran siluetas de toros. Aunque no deja de ser una premonición que la
20 primera obra más o menos personal que se conserva de él sea la acuarela de un torero. Nunca
sabremos, claro está, si su deserción de las sangrientas ceremonias de la fiesta taurina a las más
benignas del caballete y la paleta fue una tragedia o una suerte para el arte de Manolete y de
Belmonte. Pero, sin duda, para el de Goya y Velázquez resultó venturosa. Por lo demás, al cabo de
25 los años, de los pinceles y de la destreza de este artista, la fiesta de los toros recibiría el más
entusiasta y completo homenaje que le haya brindado un pintor contemporáneo. (Y conste que no me
olvido de todas las maravillas que inspiró a Picasso).

Aunque experiencia central de su infancia y presencia pertinaz de sus primeras manifestaciones
artísticas, este asunto-la corrida- parece desvanecerse luego de su pintura, en la que rara vez
aparece, hasta la década de los ochenta. Botero fue siempre un aficionado, y visitó siempre todas las
30 plazas que pudo, pero ni los toros ni los toreros son protagonistas de aquellos cuadros de los años
difíciles de su juventud, cuando tenía como modelos a los muralistas mexicanos, ni después, en los
del laborioso aprendizaje de los clásicos, en España, Francia y, sobre todo, Italia. Asoman alguna
vez, pero como sombras furtivas, luego de aquella tarde providencial de 1956, en un parque de
México, cuando, como jugando, infló la mandolina que dibujaba y descubrió de pronto, como quien
35 vive un milagro, el suntuoso mundo secreto de la opulencia que lo habitaba y su método de pintar.

En 1982 o 1983, ya célebre y con una vasta obra reconocida en medio mundo, volvió una tarde a
ver una corrida en la plaza de la Macarena, en su ciudad natal. Y, dice, de inmediato sintió que allí
tenía un mundo familiar y estimulante sobre el cual trabajar: "De allí empecé un cuadro después de
40 otro, hasta el punto que me entusiasmé con el tema y en tres años no hice más que pintar toros". (...)

Es un error creer que Botero engorda a los seres y las cosas sólo para hacerlos más vistosos, para
darles mayor sustancia, una presencia más rotunda e imponente. En verdad, la hinchazón que sus
pinceles imprimen a la realidad perpetra una operación ontológica: vacían a las personas y a los
objetos de este mundo de todo contenido sentimental, intelectual o moral. Los reducen a presencias
físicas, a formas que remiten sensorialmente a ciertos modelos de la vida real para oponerse a ellos
45 y negarlos.

Y, a la vez, los saca del río del tiempo, de la pesadilla de la cronología; los instala en una
inmovilidad eterna, en una realidad fija e imperecedera, desde la que, espléndidos en sus atavíos
multicolores, inocentes y bovinos en su abundancia, congelados en algún instante del discurrir de
sus vidas, cuando aún estaban en la historia-clavando una pica, haciendo un quite, adornándose con
50 la capa, lo más frecuente, mirando el mundo, mirándonos, con un ensimismamiento mineral, con una
especie de indiferencia metafísica-, posan para nosotros y se ofrecen a nuestra admiración.

La verdad, es imposible no envidiarlos. Qué superiores y perfectos parecen comparado a nosotros,
miserables mortales a quienes el tiempo devasta poco a poco antes de aniquilar. Ellos no sufren, no
piensan, no se embrollan con reflexiones que dificulten o desnaturalicen sus conductas; ellos son
55 acto puro, existencias sin esencias, vida que se vive a sí misma en un goce sin límites y sin
remordimientos.

Entre los pintores modernos, Botero representa como pocos la tradición clásica, sobre todo la de
sus modelos preferidos, los pintores del Cuatrocientos italiano, que no pintaban para expresar alguna



disidencia con el mundo, para protestar contra la vida, sino para perfeccionar el mundo y la vida mediante el arte, proponiendo unos modelos y unas formas a los que debían irse acercando el hombre, la sociedad, para ser mejores y menos infelices. Como en los grandes lienzos renacentistas, en la pintura de Botero hay una aceptación profunda de la vida tal como es, del mundo que nos ha tocado, y un esfuerzo sistemático para trasladar la realidad al dominio del arte depurada de todo lo que la afea, empobrece y pervierte. Ésta puede ser una tentativa quimérica, en estos tiempos en que nadie cree ya que el arte hace mejores y más dichosos a los hombres -las sospechas son, más bien, de que una sensibilidad aguzada es un pasaporte directo a la infelicidad -, pero ello no desmerece, más bien refuerza la singularidad de un artista incansable que, sin que variara nunca su amable timidez de andino y su circunspección provinciana, ha sido capaz a lo largo de toda su trayectoria como creador de nadar siempre contra la corriente: siendo realista cuando las modas exigían ser abstracto, buscando su fuente de inspiración en la comarca y lo local cuando era obligatorio beber las aguas cosmopolitas, atreviéndose a ser pintoresco y decorativo cuando estas nociones parecían írritas a la noción misma del arte y, sobre todo, pintando para expresar su amor y contentamiento de la vida cuando los más grandes artistas de su tiempo lo hacían para mostrar lo horrible y lo invivible que hay en ella.

Con Botero podemos ir a los toros a gozar con la sangre y la muerte, sin la menor mala conciencia.

El País Semanal, 06.09.1992



Nº 3 Memorias del cabrito Smith, chivo insurrecto

Camilo José Cela

Iria Flavia, La Coruña, 1916- 2002

5 Me llamo Roberto Smith y Jabalquinto, soy natural de Fresnedilla de la Oliva de Plasencia, provincia
de Cáceres, tengo cinco años de vida, si bien no ejemplar, tampoco es, bien mirado, la de un
facineroso. Uno no vive casi nunca la vida que quiere sino la que puede. Mi vocación hubiera sido la
de llevar la vida de un chivo honesto; la de pasarme las horas muertas tumbado a la sombra de un
árbol frutal, rumiando fresca hierba o aromático heno, viendo pasar las nuvecillas de la primavera y
leyendo a Fray Luis o Garcilaso. Pero la vida me ha empujado sin contemplaciones y hoy me
10 encuentro al frente de una partida que me teme y me obedece, convertido en un chivo de acción.
¡Vaya por Dios!

15 Mi padre, don Walter Smith, fue un hermoso ejemplar *chamoisé* de los Alpes, recriado en el
Devonshire inglés y traído más tarde a Fresnedilla de la Oliva por la razón social Agapito López y
Hermanos, importadores de cabras del Reino Unido, hombres que hicieron una saneada fortuna con
esto de traernos y llevarnos de un lado para otro. Mi padre fue siempre un chivo serio y conspicuo,
orgullo de su tribu y espejo y guía de chivos de pro. Su recuerdo aún permanece inalterable entre
nosotros, y su recto proceder y su noble estampa son siempre recordados con cariño y con respeto.

20 Mi madre, doña Teresita Jabalquinto, la pobre ya era otra cosa. Cabra casquivana y amiga de
afeites, la doña Teresita salió de armas tomar y, primero a sus padres y más tarde a su marido, trajo
a todos por el camino de la amargura. Sin pedigrí conocido, mi madre era eso que, vagamente, se
llama una cabra del país, denominación que no cualifica, pero que sí diagnostica de coqueta y
husmeadora en corral ajeno, de cotilla y poco discreta, y de mala esposa y madre no mejor. Me
apena tener que dar esta información de mi propia madre, pero estas páginas mías son como un
testamento que no conviene falsear. La pobre doña Teresita para colmo de males y de paciencias, se
25 pasó más de media vida contagiándole las fiebres de Malta a los pobres cristianos que no habían
hecho otro delito que consumir su leche al desayuno y al final- y como quien mal anda, mal acaba-
fue a morir de una manera trágica, atropellada por un camión que traía encima 5.000 kilos de uvas de
Cebreros, carga dulce, ciertamente, pero quizá demasiado pesada para una sola cabra. La pobre
quedó como una oblea y poco debió de sufrir porque al llegar al lugar del suceso, a los escasos
30 instantes de acaecido, ni resollaba. Para mí fue un rudo golpe verla, en medio del camino, plana
como un bacalao, pero para mi padre que era muy sentimental, como buen chivo del norte, el hecho
tomó caracteres casi trágicos y se pasó los días, y aún las semanas, llorando a moco tendido, con el
mirar lleno de tristeza y la barbita flácida y desflecada.

35 -¡Ay, Teresita, Teresita!- decía don Walter en su dolor-. ¡Qué insensata has sido toda tu vida!

Cuando me quedé huérfano pasé por momentos apurados porque el amo, creyendo que no
prosperaría, pensó en asarme para el día de la patrona, pero cuando le demostré que prefería la
hierba- aunque al principio me hacía algo de daño al estómago- al fuego lento, me fue perdonando la
vida y, con el tiempo que gané, me hice mayor y más duro, que es la salvación de los chivos, porque
cuando llegamos a cierta edad no hay quien nos meta el diente.

40 Mi padre, que al principio tan afectado estaba, casó en segundas nupcias con mi tía Clotilde
Jabalquinto, la hermana menor de mi madre, y de este segundo matrimonio nacieron cinco chivos,
todos machos: Napoleón, que ahora es mi lugarteniente, Walter, Adolfo, Silvestre y Victoriano, el
benjamín, que cuando dejé de verlo, era un chivillo blanco y retozón.

45 Me eché al monte cuando maté de una topada a Paulino Elizondo, un chivo viejo y aflamencado
que me tenía muy harto. El pobre resultó más blando de lo que yo lo imaginaba, y se fue a criar
malvas a la primera embestida.

50 En el monte, solo y errabundo como andaba, me aburría como una ostra y, por entretenerme, me
dediqué durante algún tiempo a atracar ovejas, animal odioso y asustadizo a quien me divertía
espantar. A las ovejas, cuando las arrimaba a alguna cerca para desvalijarlas se les hinchaba el
morro de miedo que tenían y se les ponían los ojos tiernos y llenos de lágrimas.

Con el lobo preferí pactar porque, aunque cuando lo veía venir me daba tiempo a llegar brincando a
las rocas altas, aquellas que él no podía escalar, el estar con la atención despierta para que no me
cogiera desprevenido, era algo que me tenía sobresaltado y que me hacía perder un tiempo
hermoso.

55 Me acerqué a la guarida del lobo y, desde una peña le hablé:

-Señor lobo: yo, a pesar de mi esquila, no soy un chivo doméstico, un cabrito de corral sometido
dócilmente al hombre, como mis compañeros de especie. No. Yo soy un chivo insurrecto, un chivo
sublevado, que me eché al monte porque no aguantaba la esclavitud y porque llevo los cuernos
manchados de sangre, como usted tiene los colmillos. Yo, salvo que soy vegetariano, vivo igual que



usted al margen de la ley y, sin que por eso quiera discutir su dominio del monte, en el monte he de vivir, como usted vive y, del monte he de hacer mi hogar, mi refugio y mi campo de operaciones.

-¿Y qué quieres de mí, insensato chivo?- me preguntó el lobo.

5 -Pues, lo que quiero es pactar con usted, señor lobo, y a eso he venido. Que pienso que los dos podemos salir ganando si nos ponemos de acuerdo.

-¿Y qué me ofreces?

-Una oveja a la semana: no una cabra, que me parecería traición vender a mis hermanos.

-¿Y qué pides?

10 -La paz con usted y con los suyos, y el que me quiten esta esquila que me humilla y que me resta prestancia. Con un cencerro al cuello, ¿quién me había de tomar por un chivo de acción?

-¿Y cumplirás lo ofrecido?

-Sí, señor lobo, por la cuenta que me tiene, usted lo ha de ver. Mañana le traeré a usted el primer cordero.

15 -Pues baja de la peña, que acepto tus condiciones. Esta noche te presentaré a todos los lobos del contorno y ten la certeza de que todos los lobos del contorno te respetarán, si cumples. Anda, ven aquí que te quite la esquila que estás ridículo con ella y pareces un siervo.

Bajé de la peña, me llegué al cubil del lobo y él, poniéndome una pata en el hombro, me dijo con gran parsimonia.

20 -Tengo mala fama, tú lo sabes, pero buena palabra, una palabra de oro de ley. Desde este momento somos amigos y nuestra amistad puede durar toda la vida. Si alguna vez necesitas defensa, o un servicio especial de protección, no tienes más que venir a verme. Pero no olvides que si me traicionas o intentas engañarme, no has de durar más de lo que tarda un pájaro en saludar la mañana.

-Descuide usted, señor lobo, que no lo olvidaré.

25 -Mejor para tí. Anda, estira el cuello para que te suelte la correa del cencerro.

-Pero...¿la va usted a soltar con los dientes?

-No, hijo, que con los dientes me darías malas tentaciones y no quiero ser yo quien rompa el pacto. Tranquilízate y no temas, que te la soltaré con las uñas, aunque tardemos un poco más.

El lobo me quitó la campanilla y luego dándome un espaldarazo, me dijo:

30 -Quedas armado caballero del monte. Ahora, con la cabeza erguida y la barbita en punta, ya puedes presumir de capitán de chivos insurrectos. ¿Cómo te llamas?

-Roberto Smith y Jabalquinto.

Muy bien. Chivo Smith, que los hados del bosque te sean propicios y que ellos te guarden durante largos años.

35 Las palabras del lobo me llenaron de emoción. Aquella vida noble y de emociones era la que a mí me gustaba.

-Muchas gracias, señor lobo, y usted que lo vea. ¿Y usted, cómo se llama?

Me llamo Wolf. Yo-añadió el lobo como disculpándose-, aunque opero en Castilla, nací en la Selva Negra. En los ojos del lobo brilló como un destello de nostalgia.

40 Mi pacto con el lobo me dio un resultado espléndido. Los dos cumplimos como caballeros y yo vi crecer mi prestigio como la espuma, no ya entre las cabras de muchas leguas a la redonda, que hacían lenguas de mí y presumían de mis hazañas, sino incluso entre las alimañas del monte –lobos, zorros, garduñas, martas y hurones-que me respetaban y me miraban con simpatía.

45 Fue entonces cuando se me ocurrió levantar mi primera partida. Hice algo de propaganda por los rebaños de Guadarrama y Somosierra, y llegué a reunir veintitantos chivos selectos, bizarros y valerosos, que me obedecían ciegamente y que, ni por asomo, discutían mis órdenes. Con ellos a la espalda-salvo dos que dejé cerca del lobo Wolf, encargados de velar por el cumplimiento del tributo de las ovejas-me dediqué al pillaje desde Hiendelaencina, en Guadalajara, hasta Candelero, en Salamanca, siguiendo las línea de los montes, y llegué a reunir una fortunita bastante saneada, aunque de todas las presas daba la mitad a mis chivos. Pero si mis chivos se portaban bien e incluso heroicamente cuando hacía falta, ¿cómo yo no había de premiar su conducta para procurar tenerlos contentos? En la psicología del mando de cuadrillas está escrito, con letras de oro, el que el jefe no se muestre nunca avaricioso.

50 Pero yo entonces era muy joven-y la juventud es un lujo que ha de pagarse a costoso precio-, el poder me emborrachó y no se me ocurrió mejor cosa que presentar batalla a una pareja de la guardia civil. ¡Nunca lo hubiera hecho y qué cierto es que Dios ciega al que quiere perder! La pareja, al principio, nos tomó por un hato de cabras mansas y no nos hizo ni caso, pero cuando nos destaparramos y la emprendimos a topadas, montaron los fusiles y nos soltaron tal cantidad de tiros que bien puede decirse que aquella fue la noche de San Bartolomé de los chivos insurrectos. ¡Qué tíos, qué de prisa disparaban y qué puntería tenían! Aquello fue el fin de la partida. ¡No quiero ni

60



acordarme! Nuestra derrota fue de tal magnitud, fue una derrota tan en regla, que no pudimos ni recoger los cadáveres, que quedaron en poder del enemigo. ¡Qué masacre nos hicieron!

Yo libré ileso de verdadero milagro y, solo y cabizbajo, fui a reponer mis nervios a la guarida del lobo Wolf. Quise ser una cabra histórica- algo así como la cabra Amaltea, que amamantó a Júpiter y, en premio, pasó a las constelaciones- pero me las dieron todas en el mismo carrillo. ¡Válgame Dios y qué insensato fui! En aquella ocasión pienso que salió en mí a relucir la sangre pintoresca y atrabiliaria de doña Teresa Jabalquinto que, aunque era mi madre, justo es reconocer también que era una cabra loca.

El lobo Wolf, cuando le conté la aventura de la que tan mal parado salí, me riñó paternalmente, como hubiera podido reñir a un hijo o a un hermano pequeño.

-Pero, chivo alocado- me dijo- ¿en qué cabeza cabe presentar batalla al hombre, que es el único animal que gana siempre? Si yo, siendo lobo, le busco las vueltas para no encontrármelo, ¿cómo tú, chivo ridículo, has querido darle la batalla en su terreno? Has librado de milagro, hijo mío, de verdadero milagro, y ya puedes dar gracias si esto te sirve de aprendizaje y de escarmiento. La guerra no debe hacerse más que por necesidad y, aun así, conviene tentarse antes la ropa. Soy lobo viejo y puedo asegurarte que no hay enemigo pequeño. ¡Mira que atacar a dos hombres armados de fusiles! Tu acción es tan disparatada que no demuestra ni valor, por esto, aquí entre los dos, vamos a callárnoslo porque nadie lo entenderá así y todos pensarán que, en vez de ser un insensato, eres un héroe.

-Gracias, señor lobo- le respondí-, se lo agradezco a usted mucho.

-De nada, hijo, pero prométeme no hacer más locuras, que así no vas a ningún lado.

-Prometido, señor lobo; se lo prometo a usted solemnemente.

El lobo Wolf me había cobrado cariño y bien es cierto que yo le correspondía. Los lobos, tratados en la intimidad, son tiernos y sentimentales y tienen sus efectos y sus simpatías, como cada hijo de vecino. Nunca es tan fiero el león como lo pintan.

A raíz de mi derrota, viví en la paz y el sosiego de la casa del lobo una larga temporada, sin ocuparme de nada más que de reponerme, porque hasta lo de la oveja semanal era del negociado de los dos chivos leales que me quedaban, aquellos que, durante la existencia de la cuadrilla, estaban destacados en comisión de servicio cerca de la guarida de don Wolf.

Con reposo y algo de sobrealimentación pronto me recuperé y, como no quería serle gravoso al lobo, una mañana me despedí de él dispuesto a hacer la guerra por mi cuenta.

El bandolerismo en solitario, aunque entretenido, resulta fatigoso y un tanto expuesto. Un chivo solo, subiendo y bajando montes en pos del condumio y la aventura, está siempre un poco vendido ante los mil peligros que le acechan.

Una tarde que estaba sesteando, al abrigo de unas jaras, en el campo de Pedro Bernardo, al pie de la sierra de Gredos, fue reconocido por unas cabras que iban de paso.

-Buenas tardes. ¿Tú no eres el cabrito Smith, el chivo insurrecto, orgullo de todas las cabras de España?

Aquel trato me llenó de orgullo.

Yo soy. ¿Queréis algo de mí?

Las cabras hablaron un rato entre ellas y un chivo pardo y bien lúcido se destacó del grupo.

-Pues, sí. Queremos decirte que nos apena verte solo y sin poder. Queremos decirte que estamos hartos de la esclavitud y que si tú nos mandas, contigo nos vamos a donde nos lleves.

En aquel momento nació mi segunda partida. Lo que haya de ser de ella, sólo Dios, que está por encima de todos, lo puede saber. Pero yo no podía hacer oídos de mercader a la llamada de la sangre. Lo héroes no nos pertenecemos.

Sé, por los periódicos, que se ha puesto precio a mi cabeza y que se han organizado batidas para mi captura. Nada podrán contra mí. Perdiendo he aprendido mucho.

Camilo José Cela

Nació en el rincón que da nombre a su marquesado, Iria-Flavia, en 1916. Entre esta fecha y el final del siglo estudió carreras que no concluyó; vivió la guerra y revolucionó la posguerra con su primera novela; "La familia de Pascual Duarte". Recibió el premio Nobel en 1989 y el Cervantes en 1995.

El País Semanal, 02.02.2000



Nº 4 Harina de almortas

Almudena Grandes
Madrid, 1960

5 El desconocido, un hombre convencionalmente mayor pero de agilidad considerable, se fue derecho al mostrador sin echar siquiera un vistazo a cuanto le rodeaba. Y eso que le rodeaba todo un mundo, un universo comestible, una imagen de la envasada al vacío y con fecha de caducidad. Desde la primera vez que entré en esta tienda que parece pequeña sin serlo, tan abarrotados están los estantes que cubren las paredes hasta el techo de latas y más latas, paquetes y más paquetes, bolsas y más bolsas de cualquier variedad de comida imaginable, me pregunto cuánto tiempo tardarían sus sueños en agotar sus víveres, cuántos meses podrían resistir, consumiendo metódicamente sus existencias, en el caso de que un día nos levantáramos en una ciudad sitiada, asediada, desprovista de suministros. Quizá, si planificaran los menús con inteligencia y midieran prudentemente las raciones, llegarían a aguantar un año, setecientas treinta comidas por persona, mil noventa y cinco si se incluyeran los desayunos. Pero eso es lo que me dedico a pensar yo, cuando tengo que hacer cola, y no el desconocido que, aquel día, se limitó a esperar su turno con una cierta y controlada impaciencia, como alguien que llevara mucho tiempo buscando y vislumbrara de repente una milagrosa oportunidad de encontrar. La expresión de su cara me llamó tanto la atención que abandoné sin esfuerzo los desolados trabajos del ama de casa posnuclear en la que me convierto por pura diversión, y dejé de calcular qué podría poner yo para desayunar cuando se acabara la leche en polvo, y la evaporada, y la condensada, y el té y el café y la manzanilla, y el chocolate de hacer, para levantar los ojos hacia él cuando el dependiente le preguntó qué quería.

10 -¿Tiene harina de almortas?-
Mientras hablaba, asentía casi imperceptiblemente con la cabeza, y levantaba las cejas como si de esta forma pudiera persuadir a su interlocutor de que le contestara que sí, pero, de momento, ni obtuvo esta respuesta ni la contraria. El chaval abrió mucho los ojos y le pidió que esperara un momento. Cuando su jefa volvió con mi cambio, se lo consultó en un susurro.

15 -¿Harina de almortas?- repitió ella en voz más alta, dirigiendo al desconocido una mirada aún más desconcertada que la que recibía a cambio-. Pues...no. La verdad es que no, que no tenemos. Y tengo de todo, ya lo ve, pero eso... Hace años que no oigo hablar de esa harina, así que ni siquiera se la puedo encargar, y tampoco tengo ni idea de dónde la venderán. Lo siento.

20 El desconocido encajó la que debía ser la enésima respuesta negativa que recibía en poco tiempo con un gesto de cansancio casi solemne, y echó a andar hacia la puerta sin mirar a su alrededor. Una señora, que había asistido a la escena en silencio, le interceptó con un gesto de la mano.

25 -Perdone, pero es que, estaba pensando...Hace tanto tiempo que yo tampoco oía hablar de la harina de almortas... ¿para qué la usa?

30 El desconocido sonrió antes de contestar, como un actor con su papel bien aprendido en el instante en el que comprende que está condenado a repetir la misma escena una y otra vez.

35 -Para hacer gachas.

40 -Gachas...-repetimos a coro todos los presentes, gachas pensé yo, que ni siquiera sé muy bien que aspecto tienen, esa papilla espesa, blancuzca, que apenas sé que existe gracias a los libros que la mencionan.

45 La irrupción del desconocido, que se marchó sin decir nada más, me pareció de repente un buen comienzo para una novela de ciencia-ficción. En el umbral del siglo donde los creadores del género han situado toda clase de catástrofes y las más desesperadas estrategias de supervivencia, en una tienda repleta de comida, de alimentos imprescindibles pero también de caprichos superfluos, un oscuro heraldo del hambre que está por venir sorprende a un puñado de seres ahitos y sobrealimentados con una petición que parece llegar de un pasado de pobreza que nadie recuerda. Todos los desarrollos posibles del argumento resultan tan obvios como temibles. El escalofrío es instantáneo, inevitable. Mi imaginación, seguramente calenturienta, pero, desde que asistí a esta

50 escena, me fijo en la cara de todos los hombres mayores con los que me cruzo por la calle con la esperanza de volver a verle, para convencerme de que es una persona normal, un vecino más, un buen anciano que añora los sabores de su infancia. No lo he conseguido todavía.

El País Semanal, 28.01.2001

745 palabras

55



Nº 5 El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes

Capítulo XLI

Alcalá de Henares, 1547- Madrid, 1616

5 *De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura*

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya a don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenía en enviarle, o que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura o que Malambruno no osaba venir con él a singular batalla. Pero veis aquí cuando a deshora entraron por el jardín cuatro salvajes [1], vestidos todos de verde yedra, que sobre [*] sus hombros traían un gran caballo de

10

madera. Pusiéronle de pies en el suelo y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el que [*] tuviere ánimo para ello.

—Aquí [*]—dijo Sancho— yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Y el salvaje prosiguió diciendo:

15

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que, si no fuere de su espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno [2]; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos [3], se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

20

Esto dicho, dejando a Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido. La Dolorida, así como vio al caballo, casi con lágrimas dijo a don Quijote:

—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero y des felice principio a vuestro

25

nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas rasas y mondas.

30

—Eso no haré yo —dijo Sancho—, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. ¿Y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a

35

Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan [*]; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro [4] y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma [5], quiero decir, que bien me estoy en esta casa donde tanta merced se me hace y de cuyo dueño tan gran bien espero

40

como es verme gobernador.

A lo que el duque dijo:

—Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movable ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones [6]; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ninguno [*] género de oficio destes de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho [7], cuál más, cuál menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais [8] con vuestro señor don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura. Que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mismo deseo de

45



recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

5 —No más, señor —dijo Sancho—: yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar a costas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor o invocar los ángeles que me favorezcan [9].

A lo que respondió [*] Trifaldi:

10 —Sancho, bien podéis encomendaros a Dios o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues —dijo Sancho—, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta [10].

15 —Desde la memorable aventura de los batanes —dijo don Quijote— nunca he visto [*] a Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo [11]. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destes señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas las manos, le dijo:

20 —Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y, así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daga las pajas [*] te diceses [12], a buena cuenta de los tres mil y treientos azotes a que [*] estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas [13].

25 —¡Par Dios —dijo Sancho— que vuestra merced debe de ser menguado [14]! Esto es como aquello que dicen: «¡En priesa me vees, y doncellez me demandas [15]!»». ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad en verdad que no tiene vuestra merced razón. Vamos ahora a rapar estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de mi obligación, que vuestra merced se contente, y no le digo más.

30 Y don Quijote respondió:

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno [16] —dijo Sancho—, pero aunque fuera de mezcla [17], cumpliera mi palabra.

35 Y con esto se volvieron a subir [*] en Clavileño [18], y al subir dijo don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que [*] quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien dél se fía; y puesto que [19] todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

40 —Vamos, señor —dijo Sancho—, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad —replicó don Quijote.

45 Y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió a descubrir y dijo:



—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas [20], el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y, así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

- 5 —No hay para qué —dijo la Dolorida—, que yo le fío y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor. Vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y a mi daño si alguno le sucediere.

10 Parecióle a don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía. Y, así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba [21]; y como no tenía estribos y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún romano triunfo [22]. De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y nonada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojín o de alguna almohada, 15 aunque fuese del estrado de su señora la duquesa o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podía hacer era ponerse a mujeriegas y que así no sentiría tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y, diciendo «a Dios», se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió a descubrir y, mirando a todos los del jardín tiernamente y con 20 lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese [*] cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote:

25 —Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual decendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado [23], y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

30 —Tápenme —respondió Sancho—, y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna región de diablos [24], que den con nosotros en Peralvillo [25]?

Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos [*] estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

35 —¡Dios te guíe, valeroso caballero [*]!
—¡Dios sea contigo, escudero intrépido!
—¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

—¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!

40 —¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas! ¡Mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol su padre [26]!

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñiéndole con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces [*] y no parecen [*] sino que están aquí hablando junto a nosotros?

45 —No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres. Y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que, en efecto, la cosa va como ha de ir y el viento llevamos en popa.



—Así es la verdad —respondió Sancho—, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando.

5 (Fragmento) Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, págs. 854 y sig. Real Academia Española, Edición IV Centenario, Santillana Ediciones, Brasil, 2004

<http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/>

10 **Fonoteca:**

<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=1270&audio=1>



Nº 6 El otoño del patriarca

Gabriel García Márquez
Aracataca, Colombia, 1927

Aunque él ignoraba estos rumores era consciente de que algo estaba a punto de ocurrir en su vida, interrumpía las lentas partidas de dominó para preguntar al general Rodrigo de Aguilar cómo siguen las vainas, compadre, todo bajo control mi general, la patria estaba en calma, acechaba señales de premonición en la piras funerarias de las pasta de boñigas de vaca que ardían en los corredores y en los pozos de aguas antiguas sin encontrar ninguna respuesta a su ansiedad, visitaba a su madre Bendición Alvarado en la mansión de los suburbios cuando aflojaba el calor, se sentaba a tomar el fresco de la tarde debajo de los tamarindos, ella en su mecedor de madre, decrepita pero con el alma entera, echándoles puñados de maíz a las gallinas y a los pavorreales que picoteaban en el patio, y él en la poltrona de mimbre pintada de blanco, abanicándose con el sombrero, persiguiendo con una mirada de hambre vieja a las mulatas grandes que le llevaban las aguas frescas de fruta de colores para la sed del calor mi general, pensando madre mía Bendición Alvarado si supieras que ya no puedo con el mundo, lejos de tanto entuerto, pero ni siquiera a su madre le mostraba el interior de los suspiros sino que regresaba con las primeras luces de la noche a la casa presidencial, se metía en la puerta de servicio oyendo al pasar por los corredores el taconeo de los centinelas que lo iban saludando sin novedad mi general, todo en orden, pero él sabía que no era cierto, que lo engañaban por hábito, que le mentían por miedo, que nada era verdad en aquella crisis de incertidumbre que le estaba amargando la gloria y le quitaba hasta la viejas ganas de mandar desde la tarde aciaga de la gallera, permanecía hasta muy tarde tirado bocaabajo en el suelo sin dormir, oyó por la ventana abierta del mar los tambores lejanos y las gaitas tristes que celebraban alguna boda de pobres con el mismo alborozo con que hubieran celebrado su muerte, oyó el adiós de un buque perdulario que se fue a las dos sin permiso del capitán, oyó el ruido de papel de las rosas que se abrieron al amanecer, sudaba hielo, suspiraba sin querer, sin un instante de sosiego, presintiendo con un instinto montaraz la inminencia de la tarde en que regresaba de la mansión de los suburbios y lo sorprendió un tropel de muchedumbres en la calle, un abrir y cerrar de ventanas y un pánico de golondrinas en el cielo diáfano de diciembre y entreabrió la cortina de la carroza para ver qué pasaba y se dijo esto era, madre, esto era, se dijo, con un terrible sentimiento de alivio, viendo los globos de colores en el cielo, los globos rojos y verdes, los globos amarillos como grandes naranjas azules, los innumerables globos errantes que se abrieron vuelo por entre el espanto de las golondrinas y flotaron un instante en la luz de cristal de las cuatro y se rompieron de pronto en una explosión silenciosa y unánime y soltaron millares y millares de hojas de papel sobre la ciudad, una tormenta de panfletos volantes que el cochero aprovechó para escabullirse del tumulto del mercado público sin que nadie reconociera la carroza del poder, porque todo el mundo estaba en la rebatiña de los papeles de los globos mi general, los gritaban en los balcones, repetían de memoria abajo la opresión, gritaban, muera el tirano, y hasta los centinelas de la casa presidencial leían en voz alta por los corredores la unión de todos sin distinción de clases contra el despotismo de siglos, la reconciliación patriótica contra la corrupción y la arrogancia de los militares, no más sangre, gritaban, no más pillaje, el país entero despertaba del sopor milenar en el momento en que él entró por la puerta de la cochera y se encontró con la terrible novedad mi general de que a Patricio Aragonés lo habían herido de muerte con un dardo envenenado.

55
Fragamento extraído del libro *El otoño del patriarca*, p. 24, Plaza y Janes, Barcelona, 1975

http://cvc.cervantes.es/ACTCULT/garcia_marquez/red.htm#textos



N° 7 Corazonada

Mario Benedetti
Paso de los Toros, Uruguay, 1920

Cuento. Texto completo

5
Apreté dos veces el timbre y en seguida supe que me iba a quedar. Heredé de mi padre, que en paz
descanse, estas corazonadas. La puerta tenía un gran barrote de bronce y pensé que iba a ser bravo
sacarle lustre. Después abrieron y me atendió la ex, la que se iba. Tenía cara de caballo y cofia y
delantal. "Vengo por el aviso", dije. "Ya lo sé", gruñó ella y me dejó en el zaguán, mirando las
10 baldosas. Estudié las paredes y los zócalos, la araña de ocho bombitas y una especie de cancel.
Después vino la señora, impresionante. Sonrió como una Virgen, pero sólo como. "Buenos días."
"¿Su nombre?" "Celia." "¿Celia qué?" "Celia Ramos." Me barrió de una mirada. La pipeta.
"¿Referencias?" Dije tartamudeando la primera estrofa: "Familia Suárez, Maldonado 1346, teléfono
15 90948. Familia Borrello, Gabriel Pereira 3252, teléfono 413723. Escribano Perrone, Larraíaga 3362,
sin teléfono." Ningún gesto. "¿Motivos del cese?" Segunda estrofa, más tranquila: "En el primer caso,
mala comida. En el segundo, el hijo mayor. En el tercero, trabajo de mula." "Aquí", dijo ella, "hay
bastante que hacer". "Me lo imagino." " Pero hay otra muchacha, y además mi hija y yo ayudamos. "
"Sí señora." Me estudió de nuevo. Por primera vez me di cuenta que de tanto en tanto parpadeo.
"¿Edad?" "Diecinueve." "¿Tenés novio?" "Tenía." Subió las cejas. Aclaré por las dudas: "Un atrevido.
20 Nos peleamos por eso." La Vieja sonrió sin entregarse. "Así me gusta. Quiero mucho juicio. Tengo un
hijo mozo, así que nada de sonrisitas ni de mover el trasero." Mucho juicio, mi especialidad. Sí,
señora. "En casa y fuera de casa. No tolero porquerías. Y nada de hijos naturales, ¿estamos?" "Sí
señora." ¡Ula Marula! Después de los tres primeros días me resigné a soportarla. Con todo, bastaba
una miradita de sus ojos saltones para que se me pusieran los nervios de punta. Es que la vieja
25 parecía verle a una hasta el hígado. No así la hija, Estercita, veinticuatro años, una pituca de ocai y
rumi que me trataba como a otro mueble y estaba muy poco en la casa. Y menos todavía el patrón,
don Celso, un bagre con lentes, más callado que el cine mudo, con cara de malandra y ropas de
Yriart, a quien alguna vez encontré mirándome los senos por encima de *Acción*. En cambio el joven
Tito, de veinte, no precisaba la excusa del diario para investigarme como cosa suya. Juro que
30 obedecí a la Señora en eso de no mover el trasero con malas intenciones. Reconozco que el mío ha
andado un poco dislocado, pero la verdad es que se mueve de moto propia. Me han dicho que en
Buenos Aires hay un doctor japonés que arregla eso, pero mientras tanto no es posible sofocar mi
naturaleza. O sea que el muchacho se impresionó. Primero se le iban los ojos, después me
35 atropellaba en el corredor del fondo. De modo que por obediencia a la Señora, y también, no voy a
negarlo, pormigo misma, lo tuve que frenar unas diecisiete veces, pero cuidándome de no parecer
demasiado asquerosa. Yo me entiendo. En cuanto al trabajo, la gran siete. "Hay otra muchacha"
había dicho la Vieja. Es decir, había. A mediados de mes ya estaba solita para todo rubro. "Yo y mi
hija ayudamos", había agregado. A ensuciar los platos, cómo no. A quién va a ayudar la vieja, vamos,
40 con esa bruta panza de tres papadas y esa metida con los episodios. Que a mí me gustase Isolina o
la Burgueño, vaya y pase y ni así, pero que a ella, que se las tira de avispada y lee *Selecciones* y
Lifenespañol, no me lo explico ni me lo explicaré. A quién va a ayudar la niña Estercita, que se pasa
reventándose los granos, jugando al tenis en Carrasco y desparramando fichas en el Parque Hotel.
Yo salgo a mi padre en las corazonadas, de modo que cuando el tres de junio (fue San Cono bendito)
45 cayó en mis manos esa foto en que Estercita se está bañando en cueros con el menor de los Gómez
Taibo en no sé qué arroyo ni a mí qué me importa, en seguida la guardé porque nunca se sabe. ¡A
quién van ayudar! Todo el trabajo para mí y aguantate piola. ¿Qué tiene entonces de raro que cuando
Tito (el joven Tito, bah) se puso de ojos vidriosos y cada día más ligero de manos, yo le haya aplicado
el sosegate y que habláramos claro? Le dije con todas las letras que yo con ésas no iba, que el único
50 tesoro que tenemos los pobres es la honradez y basta. Él se rió muy canchero y había empezado a
decirme: "Ya verás, putita", cuando apareció la señora y nos miró como a cadáveres. El idiota bajó los
ojos y mutis por el foro. La Vieja puso entonces cara de al fin solos y me encajó bruta trompada en la
oreja, en tanto que me trataba de comunista y de ramera. Yo le dije: "Usted a mí no me pega,
¿sabe?" y allí nomás demostró lo contrario. Peor para ella. Fue ese segundo golpe el que cambió mi
55 vida. Me callé la boca pero se la guardé. A la noche le dije que a fin de mes me iba. Estábamos a
veintitrés y yo precisaba como el pan esos siete días. Sabía que don Celso tenía guardado un papel
gris en el cajón del medio de su escritorio. Yo lo había leído, porque nunca se sabe. El veintiocho a
las dos de la tarde, sólo quedamos en la casa la niña Estercita y yo. Ella se fue a sestar y yo a
buscar el papel gris. Era una carta de un tal Urquiza en la que le decía a mi patrón frases como ésta:
"Xx xxx x xx xxxx xxx xx xxxxx".



La guardé en el mismo sobre que la foto y el treinta me fui a una pensión decente y barata de la calle Washington. A nadie le di mis señas, pero a un amigo de Tito no pude negárselas. La espera duró tres días. Tito apareció una noche y yo lo recibí delante de doña Cata, que desde hace unos años dirige la pensión. Él se disculpó, trajo bombones y pidió autorización para volver. No se la di. En lo que estuve bien porque desde entonces no faltó una noche. Fuimos a menudo al cine y hasta me quiso arrastrar al Parque, pero yo le apliqué el tratamiento del pudor. Una tarde quiso averiguar directamente qué era lo que yo pretendía. Allí tuve una corazonada: "No pretendo nada, porque lo que yo querría no puedo pretenderlo".

Como ésta era la primera cosa amable que oía de mis labios se conmovió bastante, lo suficiente para meter la pata. "¿ Por qué?", dijo a gritos, "si ése es el motivo, te prometo que..." Entonces como si él hubiera dicho lo que no dijo, le pregunté: "Vos sí... pero, ¿y tu familia?" "Mi familia soy yo", dijo el pobrecito.

Después de esa compadrada siguió viniendo y con él llegaban flores, caramelos, revistas. Pero yo no cambié. Y él lo sabía. Una tarde entró tan pálido que hasta doña Cata hizo un comentario. No era para menos. Se lo había dicho al padre. Don Celso había contestado: "Lo que faltaba." Pero después se ablandó. Un tipo pierna. Estercita se rió como dos años, pero a mí qué me importa. En cambio la Vieja se puso verde. A Tito lo trató de idiota, a don Celso de cero a la izquierda, a Estercita de inmoral y tarada. Después dijo que nunca, nunca, nunca. Estuvo como tres horas diciendo nunca. "Está como loca", dijo el Tito, "no sé qué hacer". Pero yo sí sabía. Los sábados la Vieja está siempre sola, porque don Celso se va a Punta del Este, Estercita juega al tenis y Tito sale con su barrita de La Vascongada. O sea que a las siete me fui a un monedero y llamé al nueve siete cero tres ocho. "Hola", dijo ella. La misma voz gangosa, impresionante. Estaría con su salto de cama verde, la cara embadurnada, la toalla como turbante en la cabeza. "Habla Celia", y antes de que colgara: "No corte, señora, le interesa." Del otro lado no dijeron ni mu. Pero escuchaban. Entonces le pregunté si estaba enterada de una carta de papel gris que don Celso guardaba en su escritorio. Silencio. "Bueno, la tengo yo." Después le pregunté si conocía una foto en que la niña Estercita aparecía bañándose con el menor de los Gómez Taibo. Un minuto de silencio. "Bueno, también la tengo yo." Esperé por las dudas, pero nada. Entonces dije: "Piénselo, señora" y corté. Fui yo la que corté, no ella. Se habrá quedado mascando su bronca con la cara embadurnada y la toalla en la cabeza. Bien hecho. A la semana llegó el Tito radiante, y desde la puerta gritó: "¡La vieja afloja! ¡La vieja afloja!" Claro que afloja. Estuve por dar los hurras, pero con la emoción dejé que me besara. "No se opone pero exige que no vengas a casa." ¿Exige? ¡Las cosas que hay que oír! Bueno, el veinticinco nos casamos (hoy hace dos meses), sin cura pero con juez, en la mayor intimidad. Don Celso aportó un chequecito de mil y Estercita me mandó un telegrama que -está mal que lo diga- me hizo pensar a fondo: "No creas que salís ganando. Abrazos, Ester."

En realidad, todo esto me vino a la memoria, porque ayer me encontré en la tienda con la Vieja. Estuvimos codo con codo, revolviendo saldos. De pronto me miró de refilón desde abajo del velo. Yo me hice cargo. Tenía dos caminos: o ignorarme o ponerme en vereda

Creo que prefirió el segundo y para humillarme me trató de usted. "¿Qué tal, cómo le va?" Entonces tuve una corazonada y agarrándome fuerte del paraguas de nailon, le contesté tranquila: "Yo bien, ¿y usted, mamá?".

Montivedeanos, 1959

http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/mbenedetti/autor.shtml



Nº 8 Poema de los dones

Jorge Luis Borges

Buenos Aires, 1899 –Ginebra, 1986

- 5 Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.
- 10 De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz, que sólo pueden
leer en las bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden
- 15 las albas a su afán. En vano el día
les prodiga sus libros infinitos,
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría.
- 20 De hambre y de sed (narra una historia griega)
muere un rey entre fuentes y jardines;
yo fatigo sin rumbo los confines
de esta alta y honda biblioteca ciega.
- 25 Enciclopedias, atlas, el Oriente
y el Occidente, siglos, dinastías,
símbolos, cosmos y cosmogonías
brindan los muros, pero inútilmente.
- 30 Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.
- 35 Algo, que ciertamente no se nombra
con la palabra azar, rige estas cosas;
otro ya recibió en otras borrosas
tardes los muchos libros y la sombra.
- 40 Al errar por las lentas galerías
suelo sentir con vago horror sagrado
que soy el otro, el muerto, que habrá dado
los mismos pasos en los mismos días.
- 45 ¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
si es indiviso y uno el anatema?
- 50 Groussac o Borges, miro este querido
mundo que se deforma y que se apaga
en una pálida ceniza vaga
que se parece al sueño y al olvido.

55 *Obras completas de Jorge Luis Borges*, pág.809, Emecé Edic., Buenos Aires, 1974.

<http://cvc.cervantes.es/actcult/borges/>



Nº 9 El tren

Santiago Dabove

Argentina, 1889-1951

El tren era el de todos los días a la tardecita, pero venía moroso, como sensible al paisaje.

5 Yo iba a comprar algo por encargo de mi madre.

Era suave el momento, como si el rodar fuera cariño en los lúbricos rieles.

Subí, y me puse a atrapar el recuerdo más antiguo, el primero de mi vida. El tren se retardaba tanto que encontré en mi memoria un olor maternal: leche calentada, alcohol encendido. Esto hasta la primera parada: Haedo. Después

10 recordé mis juegos pueriles y ya iba hacia la adolescencia, cuando Ramos Mejía me ofreció un acalle sombrosa y romántica, con su niña dispuesta al noviazgo. Allí mismo me casé, después de conocer y visitar a sus padres y al patio de su casa, casi andaluz. Ya salíamos de la iglesia del pueblo, cuando oí tocar la campana; el tren proseguía el viaje. Me despedí y, como soy muy ágil, lo alcancé. Fui a dar a Ciudadela, donde mis esfuerzos querían horadar un pasado quizá imposible de resucitar en el recuerdo.

15 El jefe de estación, que era amigo, acudió para decirme que aguardara buenas nuevas, pues mi esposa me enviaba un telegrama anunciándolas. Yo pugnaba por encontrar un terror infantil (pues los tuve), que fuera anterior al recuerdo de la leche calentada y del alcohol. En eso llegamos a Liniers. Allí, en esa parada tan abundante en tiempo presente, que ofrece el ferrocarril Oeste, pude ser alcanzado por mi esposa que traía los mellizos vestidos con ropas caseras. Bajamos y, en una de las resplandecientes tiendas que tiene Liniers, los proveímos de ropas standard pero elegantes, y también de

25 buenas carteras de escolares y libros. En seguida alcanzamos el mismo tren en que íbamos y que se había demorado mucho, porque antes había otro tren descargando leche. Mi mujer se quedó en Liniers, pero, ya en el tren, gustaba de ver a mis hijos tan floridos y robustos hablando de foot-ball y haciendo los chistes que la juventud cree inaugurar.

30 Pero en Flores me aguardaba lo inconcebible; una demora por un choque con vagones y un accidente en un paso a nivel. El jefe de la estación de Liniers, que me conocía, se puso en comunicación telegráfica con el de Flores. Me anunciaban malas noticias. Mi mujer había muerto, y el cortejo fúnebre trataría de alcanzar el tren que estaba detenido en esta última estación. Me bajé atribulado, sin poder enterar de nada a mis hijos, a quienes había mandado adelante para que bajaran en Caballito, donde estaba la escuela.

35 En compañía de unos parientes y allegados, enterramos a mi mujer en el cementerio de Flores, y una sencilla cruz de hierro nombra e indica el lugar de su detención invisible. Cuando volvimos a Flores, todavía encontramos el tren que nos acompañara en tan felices y aciagas andanzas. Me despedí en el Once de mis parientes políticos y, pensando en mis pobres chicos huérfanos y en mi esposa difunta, fui como un sonámbulo a la "Compañía de Seguros", donde trabajaba. No encontré el lugar.

45 Preguntando a los más ancianos de las inmediaciones, me enteré que habían demolido hacía tiempo la casa de la "Compañía de Seguros". En su lugar se erigía un edificio de veinticinco pisos. Me dijeron que era un ministerio donde todo era inseguridad, desde los empleos hasta los decretos. Me metí en un ascensor y, ya en el piso veinticinco, busqué furioso una ventana y me arrojé a la calle. Fui a dar al follaje de un árbol coposo, de hojas y ramas como de

50 higuera algodónada. Mi carne, que ya se iba a estrellar, se dispersó en recuerdos. La bandada de recuerdos, junto con mi cuerpo, llegó hasta mi madre. "¿A que no recordaste lo que te encargué?", dijo mi madre, al tiempo que hacía un ademán de amenaza cómica: "Tienes cabeza de pájaro".

La muerte y el traje, Calicanto, edic. póstuma, 1976

55 <http://www.lamaquinadeltiempo.com/prosas/dabove01.htm>



N° 10 Licantropía

Enrique Anderson Imbert

Argentina, Córdoba, 1910 – Buenos Aires 2000

5 Me trepé al tren justo cuando arrancaba. Recorrí varios coches. ¡Repletos! ¿Qué pasaba ese día? ¿A todo el mundo se le había ocurrido viajar? Por fin descubrí un lugar desocupado. Con esfuerzo coloqué la valija en la red portaequipaje y dando un suspiro de alivio me dejé caer sobre el asiento. Sólo entonces advertí que tenía al frente, sentado también del lado de la ventanilla, nada menos que al banquero que vive en el departamento contiguo al mío.

10 Me sonrió ("¡qué dientes!", diría *Caperucita Roja*) y supongo que yo también le sonreí, aunque si lo hice fue sin ganas. A decir verdad, nuestra relación se reducía a saludarnos cuando por casualidad nos encontrábamos en la puerta del edificio o tomábamos juntos el ascensor. Yo no podía ignorar que él se dedicaba a los negocios porque una vez, después de felicitar me por el cuento fantástico que publiqué en el diario, se presentó tendiéndome una tarjeta:

Rómulo Genovesi, doctor en ciencias económicas

15 y me ofreció sus servicios en caso de que yo quisiera invertir mis ahorros.

-Usted -me dijo- vive en otro mundo; yo vivo en éste, que lo tengo bien medido a palmos; con que ya sabe, si puedo serle útil...

20 En otras ocasiones, mientras el ascensor subía o bajaba dieciocho pisos, Genovesi me habló de las condiciones económicas del país, de empresas, bancos, intereses, pólizas, mercados y mil cosas que no entiendo. Tal era el genio de las finanzas que me estaba sonriendo cuando me dejé caer sobre el asiento.

25 Yo hubiera querido olvidar mi pobreza, pero la sola presencia de ese especulador me la recordaba. Me había dispuesto a descansar durante el resto del viaje y de golpe me veía obligado a ser cortés. Si en la jaula del ascensor yo respetaba el talento práctico de mi vecino, ahora, en el vagón de ferrocarril, temía que ese talento, justamente por adaptarse a la realidad ordinaria -realidad que rechazo cada vez que invento una historia- me resultara fastidioso. Mala suerte. El viaje horizontal en tren más largo que el viaje vertical en ascensor, iba a matarme de aburrimiento. Para peor, el éxito que Genovesi obtenía en sus operaciones económicas no se reflejaba en un rostro satisfecho, feliz. Al contrario, su aspecto era tétrico.

30 Teníamos la misma edad, pero (si el espejo no me engañaba) él parecía más viejo que yo. ¿Más viejo? No, no era eso. Era algo, ¿cómo diré?, algo misterioso. No sé explicarlo. Parecía ¡qué sé yo! que su cuerpo, consumido, desgastado, hubiera sobrevivido a varias vidas. Siempre lo vi flaco, nunca gordo; sin embargo, la suya era la flacura del gordo que ha perdido carnes. Más, más que eso. Era como si la pérdida de carnes le hubiera recurrido varias veces y de tanto engordar y enflaquecer, de tanto meter carnes bajo la piel para luego sacarlas, su rostro hubiera acabado por deformarse. 35 Todavía mantenía erguidas las orejas, prominente la nariz y firmes los colmillos, pero todo lo demás se aflojaba y caía: las mejillas, la mandíbula, las arrugas, los pelos, las bolsas de las ojeras...

40 Desde sus ojos hundidos salía esa mirada fría que uno asocia con la inteligencia, y sin duda Genovesi debía de ser muy inteligente. No había razones para dudarlo, tratándose de un doctor en ciencias económicas. Lo malo era que esa inteligencia, ducha en números, cálculos y resoluciones efectivas, a mí siempre me aburre.

45 ¡Ni que hubiera adivinado mi pensamiento! Abandonó esta vez su tema, la economía, y arrimó la conversación al tema mío: la literatura fantástica. Y del mismo modo que en el ascensor me había dado consejos para ganar dinero, ahora, en el tren, me regaló anécdotas raras para que yo escribiese sobre ellas "y me hiciera famoso..."

50 ¡Como si yo las necesitara! Yo, que con una semillita de locura hacía crecer toda una selva de cuentos sofisticados o que con un suceso callejero construía torres de viento, palacios inhabitables y catedrales ateas; yo, veterano; yo, emotivo, fantasioso, arbitrario, espontáneo, grandilocuo y genial, ¡qué diablos iba a necesitar de ese vulgar agente de bolsa para escribir cuentos! Su fatuidad me sublevó, pero acallé la mía (por suerte, cuando me envanezco oigo en la cabeza el zumbido de una abeja irónica) y lo dejé hablar.



Su monólogo tuvo forma de espiral. Genovesi fue apartándose del punto central, exacto, lógico que hasta entonces yo suponía que era la residencia permanente de todas las profesiones técnicas. La primera vuelta de la espiral fue poco imaginativa. Se limitó a proponerme que yo escribiera un cuento sobre el caso "rigurosamente verídico" de dos hermanos siameses, unidos por la espalda, que fueron separados a cuchillo en el quirófano del sanatorio Güemes. Cada uno de ellos, para no sentir dolor durante la operación, había convocado por telepatía a un anestesista diferente. Uno de los siameses llamó a un hindú, que lo hizo dormir, y el otro llamó a un chino, que le clavó alfileres.

Desde luego que semejante truculencia a mí no me inspiró ningún cuento. Ni siquiera me asombré demasiado de que un doctor en ciencias económicas recontara en serio la atrocidad que le oyó a la cuñada del primo de la enfermera -después de todo la curación por acupuntura, hipnosis y parapsicología, aunque no ortodoxa, ha sido aceptada por algunos médicos- pero sí me asombré bastante cuando, en una segunda vuelta de la espiral, Genovesi dejó atrás a curanderos y manos santas y se apartó hacia la región de las conjeturas pseudocientíficas; una: la de que nuestro planeta ha sido colonizarlo por seres extraterrestres. ¡Nada menos! Y en una tercera vuelta se adhirió a la causa de brujos, chamanes, nigromantes y espiritistas.

Por rara coincidencia, a medida que Genovesi incurría en el obscurantismo, la obscuridad del anochecer iba borrándole la cara. Ya casi no se la distinguía cuando, en otra expansión de su fe, la palabra pasó del mito a la quiromancia y de la astrología a la metempsicosis [1]. No paró allí. En las siguientes espiras de su monólogo Genovesi se alejó hacia lo que está oculto en el más allá.

Él, que como economista jamás hubiera firmado un cheque en blanco, extendía el crédito a cualquier milagrería. Aprovechándose de las críticas a la razón, que la limitan a conocer meros fenómenos, postulaba que debía de haber facultades irracionales y extrasensoriales capaces de conocer la realidad absoluta, y de su axioma deducía que hay que estar predispuesto a creer que aun lo increíble es posible. Posible era que el hombre pudiera vivir en tiempos cíclicos, paralelos o revertidos; posibles eran las reencarnaciones y las telekinesias [2], la premonición y la levitación, el tabú y el vudú...

Genovesi desenterraba los mismos fantasmas que yo he visto, vivido y vestido en mis propios cuentos, con la diferencia de que para él lo sobrenatural no era un capricho de la fantasía. Le faltaba el don de los poetas para convertir los sentimientos irracionales en bellas imágenes. ¿Cómo explicarle a ese crédulo que la única magia que cuenta es la de la imaginación, que impone sus formas a una amorfa realidad sin más propósito ni beneficios que el de divertimos con el arte de mentir? Y aun esa imaginación no es espontánea pues sólo vale cuando se junta con la inteligencia. La razón es una débil, novata, vacilante y regañada sirvientita, recién advenida en la evolución biológica, pero que sin sus servicios no podríamos disfrutar del ocio, la libertad y la alegría. Ah, Genovesi sería muy hábil en sus tejemanejes con los bancos pero, en su comercio de ficciones conmigo, el pobre emergía de pantanosos sueños con el delirio de un neurótico, la inocencia de un niño y el miedo de un salvaje. Aceptaba todo menos la razón. Cuando por ahí, sin saberlo ni quererlo, merodeó por la frase unamuniana "la razón es antivital", tuve que reprimir las ganas de retrucarle con la frase orteguiana: "El hombre salió de la bestia y en cuanto descuida su razón, vuelve a bestializarse".

Gracias a que todavía no habían encendido las luces del vagón, la noche del campo, una noche sin Luna y sin estrellas, penetró por las ventanillas y reinó adentro tanto como afuera. De no ser por la voz, yo no habría estado seguro de que ese bulto enfrente de mí seguía siendo Genovesi, hasta que el tren se acercó a aquella ciudad perdida en la pampa y faroles a los lados de las vías empezaron a perforar la obscuridad. Cada destello alumbraba a Genovesi por un instante. Mientras el discurso continuaba desenvolviendo la espiral de supersticiones, su rostro reaparecía y desaparecía, y cuando reaparecía ya no era igual. Genovesi se transfiguraba. Los intermitentes resplandores que desde los costados del tren en marcha alteraban sus facciones coincidían con los saltos que la voz daba de una creencia a otra. Lo que yo veía y lo que yo oía se complementaban como en el cine, y el filme era una pesadilla.

En eso entramos en un túnel más tenebroso aún que la noche, y Genovesi fue solamente una voz que me sonó extrañamente ronca. Esa voz se puso a contarme que hay hombres que se convierten en lobos.

-Bah, el cuentito del licántropo [3] -le dije-. Lo contó Petronio en el *Satiricón*.



-No, no -y su voz salió de la tiniebla misma-. Déjese de licántropos griegos. En la provincia de Corrientes los llamamos lobizones. Le aseguro que existen. Aúllan en las noches sin Luna, como ésta, y matan. Lo sé. Lo sé por experiencia. Créame. Matan...

5 Entonces sucedió algo espeluznante. Los pelos a mí, o a él, se me pusieron de punta cuando al salir del túnel y entrar en la estación, los focos iluminaron de lleno la cara de Genovesi.

Espantado, noté que mientras repetía "créame, lo sé, el lobizón existe", se metamorfoseaba. Y cuando terminó de metamorfosearse vi que allí, acurrucado en su cubil, el genio de las finanzas se había convertido en un grandísimo tonto.

10

[1] Metempsicosis: Doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, y renovada por otras de Occidente, según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior (*N del E*).

15

[2] Telekinesia o telequinesia: Desplazamiento de objetos sin causa física, motivada por una fuerza psíquica o mental (*N del E*).

[3] Licántropo : hombre lobo (*N del E*).

<http://www.letropolis.com.ar/2006/07/imbertylicantropia.htm>

20